

De Diego, José Luis. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*
La Plata, Ediciones Al Margen, 2001, 317 páginas.

Miguel Dalmaroni

Universidad Nacional de La Plata. CONICET

Los textos que siguen fueron leídos por Miguel Dalmaroni y Mario Goloboff en la presentación pública de la obra que tuvo lugar en el Centro Cultural Islas Malvinas de La Plata el jueves 20 de septiembre de 2001.

Comenzar con una cita de *Rayuela* es, creo, un modo más que adecuado para presentar un libro de José Luis de Diego. Comenzaré diciendo, entonces que, “a su manera este libro es muchos libros”. Aunque tal vez pueda decirse que es, sobre todo, un libro de historia leída en las palabras: para empezar, el libro es un capítulo de la historia literaria argentina (y ese es uno de los motivos que lo convierten en una obra de consulta, o de eso que solemos llamar el “estado de la cuestión”); es además un libro de historia de revistas literarias y culturales argentinas, y por lo tanto de historia intelectual o de historia de los intelectuales; luego, estamos a su vez ante un trabajo de historia de las instituciones, los grupos, las generaciones, las formaciones, y los debates culturales; y

es, finalmente, un ensayo sobre las relaciones entre cultura y política en la Argentina. Para ser todo eso, este libro es también un manual con lecciones acerca de modos de leer y usar las teorías –teorías de la política, de la novela y la narración, de la sociología cultural. Y en esas estrategias de conexión entre análisis cultural y teorías sobresale una preocupación que creo puede ser calificada de historiográfica. Para decirlo de otro modo, algunas de las proposiciones más productivas del libro son tesis sobre problemas que solemos identificar como problemas de periodización de la literatura y de la cultura. Baste un ejemplo: en el capítulo IV se nos propone algo así como una secuencia de doble o múltiple dirección para pensar de un modo cruzado ciertas correspondencias entre historia política e historia literaria. Primero, de Diego se ocupa de demostrar que no hubo una cultura de la dictadura, que “en el aspecto cultural –escribe– la dictadura no generó en la práctica un conjunto de ideas propio que vaya algo más allá de la repetición de los tópicos de la tradición católica y antiliberal del nacionalismo de derecha argentino [...] En todo caso –aclara– la dictadura no hizo más que reinstalar, con un ensañamiento y una sistematicidad inéditos, una *cultura autoritaria* ya asentada en nuestra sociedad [...] consistente en formular un modelo *a priori* y perseguir y eliminar a todo aquel que no se adecue al mismo” (p. 120); seguidamente, de Diego estudia cómo, durante la dictadura, el campo literario se desplegó predominantemente como resistencia cultural, *pero* procuró imaginarse a sí mismo, en cambio, como espacio de producción de una novedad literaria que, nos demuestra el análisis, no era tal y puede ser estudiada, mejor, como resignificación de cambios estéticos históricamente previos: “Para decirlo con claridad –escribe de Diego– la crisis del canon realista de representación es anterior a la irrupción de la dictadura, pero los críticos de *Punto de vista* quisieron leer en esos textos –en esas novelas– que se resistían a la ilusión mimética, estrategias de posicionamiento ante la omnipresencia del discurso autoritario. La crisis del realismo no es una *consecuencia*, un *efecto* o una *réplica* de la traumática experiencia que implicó la dictadura militar; si los críticos –concluye de Diego– vieron en cada silencio una significación, en cada ausencia una presencia, en cada vacío algo pleno, es porque no había detrás de esa actitud una estrategia efímera, sino una convicción duradera” (p. 151).

¿*Quién de nosotros escribirá el Facundo?* presenta y desarrolla, así, proposiciones acerca de las prácticas y los conflictos culturales según un modo complejo de pensar la temporalidad. Lo que el índice del libro llama, por ejemplo, “la dictadura” o la “posdictadura”, son menos etapas sucesivas o cronológicamente mensurables, que objetos de prácticas que los sujetos de la cultura superponen,

construyen y recomponen en el presente o para el futuro con el propósito de *darse o hacerse* su condición histórica. Pero el libro (me anticipo a aclarar un punto sobre el que volveré al final), se propone evitar el relativismo histórico o el perspectivismo. Porque contra esos riesgos, toma uno propio: el de asegurar, por el contrario, que en tanto las cosas debieron haber sucedido de un modo definido, es posible saberlo, “avanzar –dice– en un diagnóstico de *nuestros setentas* más ajustado a *la verdad*” (p. 22). Para eso, de Diego describe cómo y explica por qué ciertos sujetos de la cultura imaginaron su condición de cierto modo y no de otro –cómo y por qué significaron esa experiencia, cómo y por qué actuaron según esas significaciones que constituyen, así, el pasado cultural. Son esos sentidos, esos sujetos y esos modos de imaginar el pasado, el presente y el futuro, los objetos de investigación del libro (que es, entonces, a su vez, un modo presente de darnos un pasado para el futuro).

Usando ya no una cita de Cortázar sino una de Wittgenstein casi igualmente conocida, este libro es también una caja de herramientas. Diría que las herramientas que ofrece pueden describirse en varios niveles.

En primer lugar, el trabajo acopia, organiza y presenta (de un modo razonado al que me referiré después) un valioso repertorio de materiales que habían quedado dispersos, fragmentados o mutilados entre los escombros del genocidio dictatorial. Hace años que, entre lo que llamamos trabajos de la memoria, muchos estamos empeñados en el hallazgo y la reconstrucción de esos restos que el terrorismo de Estado, la diáspora y la miseria amenazaron con impedir que heredáramos. Este libro representa, a mi modo de ver, un paso eficaz en esa tarea, que nos ha conducido a revisar la antes impugnada noción de “tradiciones” y de la que en cierto momento empezamos a hablar con una figura de Walter Benjamin: “barrer la historia a contrapelo”. Perseguir los restos y sospechar que en los que habían sido acallados o habían quedado más o menos perdidos o desoídos pueden volver a resonar voces que amplifiquen nuestra comprensión de la historia cultural. No pretendo sugerir por esto que el libro nos aproxime a una supuesta totalización del pasado capaz de suturar los restos de que disponemos en un rompecabezas que se iría completando, como si el trabajo de de Diego no compusiese una versión selectiva en la que –como en todas– intervienen determinaciones tanto intencionales como azarosas: si algo que muchos hemos pensado y escrito sobre la historia queda reafirmado cuando leemos este libro, es tanto la imposibilidad de clausurar el sentido de nuestro pasado en una versión definitivamente preferible, como la necesidad de seguir hablando, escribiendo, discutiendo ese pasado.

Esa valiosa y abundante información sobre la historia literaria y cultural argentina se presenta en el libro en una prosa crítica que me gustaría calificar de hospitalaria (había pensado, primero, democrática; también pensé en algún momento: una prosa que nunca se deja tentar por los fulgores del exhibicionismo, que privilegia la invitación al debate o la interlocución con su lector; después pensé que esa era una descripción algo complaciente, porque la elección de de Diego no descarta sólo los vicios del hermetismo escritural que protege la ausencia de ideas con la saturación incontrastable del dialecto del yo que escribe; más bien elige entre dos modos de producción de saber: restringe el trabajo de la figuración —es decir, lo que en un uso algo estrecho del término algunos llaman “ensayo”— y despliega el análisis y la arquitectura paciente de los argumentos).

Así, quien suponga que esto sucede porque se trata de una tesis doctoral, o porque ese es simplemente el estilo de la prosa crítica de de Diego, no alcanzará a advertir las determinaciones centrales de este rasgo del libro. Diría que tales determinaciones son ideológicas, es decir que de Diego no abandona, siquiera cuando escribe en el género académico más *duro*, cierta confianza en la crítica en el sentido moderno del término, es decir en la crítica como género del debate público de ideas, como un género de la comunicación. En el contexto de la historia de los estilos de la crítica literaria argentina de las últimas décadas esa es, sin dudas, una posición contenciosa. Es, como digo, una posición que el libro toma por la forma de su prosa, y que constituye a la vez una apuesta intelectual; el texto retoma un camino clásico pero controvertido, para favorecer un vínculo en el que buena parte del pensamiento contemporáneo o de sus formas universitarias habría dejado de confiar: el vínculo entre trabajo intelectual especializado y recuperación de la política como espacio del intercambio colectivo.

Finalmente, me gustaría subrayar con qué clase de operaciones críticas de Diego razona y utiliza la valiosa información acopiada y organizada en su libro. El campo intelectual y literario argentino de entre los años setenta y la posdictadura no fue exclusiva pero sí predominantemente un terreno de las culturas de izquierda, progresistas, contrahegemónicas o, para no ser demasiado excluyentes, de la cultura crítica. Algunas palabras mágicas o más o menos veneradas desde los años sesenta lo confirman: compromiso, inconformismo, contestación, por mencionar sólo algunas. Pero el recurso metódico del que proviene el valor verdaderamente crítico de los resultados a los que llega la investigación de de Diego está precisamente en suponer que, por el contrario, las prácticas de esa cultura pueden ser consideradas también como una doxa, un sentido común,

una cierta naturalización de determinadas representaciones, imágenes, sentidos y concepciones que debe ser, precisamente, interrogada por la sospecha crítica, la misma para cuyo ejercicio aquella experiencia histórica habría entrenado a los intelectuales argentinos. Otra vez, y para cruzar a Benjamin con un Barthes que de Diego conoce bien: barrer la doxa a contrapelo. Por ejemplo, ¿puede haber un lugar común más compartido que lo que llamamos “la dictadura”? *Por las dudas, por la duda* o la sospecha, de Diego lo re-examina: “No resulta sencillo —dice— escribir sobre la última dictadura militar, y esto por varias razones. Primero, el riesgo del lugar común” (p.105). ¿Acaso no sabemos de qué hablamos cuando hablamos del “exilio”? de Diego prefiere no aceptar esa pregunta retórica, y no se hace cargo de la noción de “exilio” para definir un objeto de su trabajo histórico hasta no examinar y re-describir ese lugar común; en el camino, el libro ha deslindado “las múltiples tradiciones del exilio”, las diversas operaciones de interpretación de la experiencia que los relatos y los testimonios de escritores e intelectuales construyeron en torno de diversos dispositivos de la expulsión.

Que ese modo de leer arroje resultados por momentos muy polémicos no hace otra cosa que confirmar su valor crítico. Suponer que en los textos y los debates del campo intelectual y literario argentino entre 1970 y 1986 hay mistificaciones, esto es, que se despliegan allí operaciones de la ideología, y hacer de ese supuesto no una mera toma de posición sino un recurso metódico es, creo, un desafío intelectual porque, lejos de confirmar lo que sabríamos, invita a transformar la controversia en un punto de partida para saber más y comprendernos mejor. En tal sentido, me gustaría pensar de un modo inverso una implicación metodológica que propone el autor, cuando afirma que ha optado por “afinar los instrumentos de análisis” para “reducir al máximo las presiones de la subjetividad”. Me gustaría proponer que, por el contrario, ese pormenorizado examen y esa puesta en escena de todos los presupuestos propios y ajenos, evita precisamente que se ensombrezca o se esconda la subjetividad, precisa y situada, que sostiene la escritura de este libro.

Por todo eso, creo, el libro de de Diego propone una clase de desafío que de veras interesa a todos los que soñamos todavía con que nuestra labor intelectual y universitaria funcione como una forma de intervención.

Me resulta, sin embargo, muy incómodo decir esto último y no advertir que el libro de José Luis de Diego es una historia (nada complaciente) de sueños o proyectos derrotados, de sueños que fueron reemplazados por pesadillas. De Diego nos recuerda al respecto que, tras las reconstrucciones intelectuales y

literarias del pasado que proliferaron durante la posdictadura, los fracasos de los sucesivos proyectos político-culturales de los intelectuales terminaron confinándonos en la profesionalización y el enclaustramiento académico. La cultura necesita de un “refugio”, nos dice un programa televisivo de sociabilidad literaria, que parece así estar figurando sin quererlo los dilemas de la profesionalización universitaria de la tarea intelectual. Pero hoy, incluso ese espacio de confinamiento autorreclusivo –el *campo* intelectual reducido casi al interior de la Universidad y a la investigación– está severa y violentamente amenazado, y ni siquiera sabemos si hay ya algo que se parezca a lo que hasta hace poco llamábamos “sociedad civil” o “esfera pública” a la cual retornar si ese paradójico desenclaustramiento forzado que nos amenaza termina de ejecutarse hasta el final.

Seguramente no es la única pregunta que nos suscita el libro de de Diego, pero es la que no puedo dejar aquí de repetirme: ¿dónde están el espacio, el sujeto o los debates sobre los que podríamos soñar intervenir? ¿Cuánto podemos, y qué podemos todavía los escritores y los intelectuales? ¿Hay alguien que siga soñando con escribir el *Facundo*?